

### TERCERA PARTE.

(La escena pasa al pié del cocotero de la calle Bahour, en donde Latchoumyama ha dado cita á Anniama.)

ANNIAMA.—LATCHOUMYAMA.—SAVERINADEN.  
RANGASSAMY.

ANNIAMA (*sentada al pié del cocotero*).—¡Cuánto tiempo que espero!... Si Latchoumyama no viniese... Tengo miedo... Esta es la hora en que los espíritus se pasean por las calles desiertas, para entrar en las casas que no tienen trazados los signos consagrados para conjurar los maleficios.

¿Qué ruido es ése que parece venir del estanque de Oudira? Son sin duda los genios de las aguas que azotan el estanque con un junco flexible para purificarle para las abluciones del sol levante. Una sombra se desliza por entre los árboles. ¡Mahartchis, protégeme!

LATCHOUMYAMA (*apareciendo*).—No temas, soy yo. Saverinaden me sigue y te trae el taly que desprendió del cuello de su madre moribunda... Todo lo arrostra con tal que le pertenezcas.

SAVERINADEN (*de rodillas ante Anniama*).—Mírale, mi querida Anniama, déjame adornarte con él; es la prenda más sagrada que puede darte mi amor. ¡Qué bien te sienta! ¿No me respondes?

ANNIAMA.—¡Ay! ¿Qué he de decirte, Saverinaden? Yo no he conocido nunca el amor, soy virgen. Mi corazón se abre al ruido armonioso de tus palabras; comprendo su lenguaje, pero no sé cómo traducirlo.

SAVERINADEN.—Tú tiembles en mis brazos, mientras que tu boca destila una miel más dulce á mi alma que la amrita (ambrosía). ¿Qué temes?

ANNIAMA.—Tiemblo, amado mio, porque tu soplo es más ardiente que el viento de los Nielguerryes, que doblé en la arena el tronco de las palmeras jóvenes.

SAVERINADEN.—Déjame unir mis labios á los tuyos, aspirar tu aliento amoroso, como el ciervo sediento que aspira sobre las hojas el rocío de la noche.

ANNIAMA.—¿Qué estremecimiento desconocido me agita? ¿Tus besos me dan la muerte!

SAVERINADEN.—Las innumerables antorchas del cielo de Indra palidecen, Ma desciende lentamente hácia su celeste lecho. Está es la hora propicia á los amantes.

Ven conmigo bajo el follaje lleno de sombra de ese bosque de acacias rosas, y los devas (ángeles) estarán celosos de nuestra dicha.

(*La conduce hácia el follaje.*)

RANGASSAMY (*apareciendo*).—¿Qué hay de nuevo, Latchoumyama?

LATCHOUMYAMA.—Anniama está en camino de ganar nuestras cincuenta pagodas.